



El futuro de la disuasión

RAFAEL L. BARDAJI
 Director del Grupo de Estudios Estratégicos
 (GEES)

DURANTE los años de la guerra fría, la contención de la URSS a través de la disuasión fue la piedra angular de la defensa occidental. Ahora que los herederos de la URSS, Rusia y el resto de repúblicas ex-soviéticas parecen encaminarse a una política más cooperativa, el papel de la disuasión tiene por fuerza que perder gran parte de su peso. Las reducciones anunciadas de los arsenales nucleares así como la disminución de su estado de alerta parecen así probarlo. De hecho, de continuar el entendimiento entre las potencias nucleares no sería raro ver concretar operativamente el concepto de disuasión mínima o existencial.

Ahora bien, que la disuasión frente al Este se haya convertido en algo marginal para la seguridad occidental, no ha llevado a que el concepto y la estrategia de la disuasión se revise en profundidad. Efectivamente, el hecho de que la disuasión occidental

sobre la URSS funcionara bien gracias al esfuerzo defensivo aliado, ha generado una creencia comunmente aceptada: si se es lo suficientemente fuerte se puede disuadir; igualmente, que la estructura del mundo nacido en 1945 fuese rígidamente bipolar, concentrando el máximo de atención el enemigo por excelencia, la URSS, trajo consigo una segunda creencia todavía firmemente establecida en la comunidad de defensa occidental: si se logra disuadir a la Unión Soviética se tiene asegurada la disuasión contra cualquier otro enemigo menor.

Ambas creencias, sin embargo, han saltado por los aires en los últimos meses, particularmente con la guerra del Golfo, donde Sadam Husein mostró que puede muy bien haber líderes cuyos juicios no están directamente determinados por el balance de fuerzas militares ni se sienten disuadidos por la capacidad de represalia que sí disuadía a la antigua URSS.

Efectivamente, la disuasión, se ha creído, funcionó bien mientras existía un agresor potencial, bajo una autoridad política reconocida y estable que entendía y compartía, en gran medida, la racionalidad del juego disuasivo, sus reglas y sus componentes. Fracasos disuasivos, tales como la invasión norcoreana de Corea del Sur, o la misma intervención china en dicha guerra, se explicaban precisamente por la falta de entendimiento de las reglas del juego, en concreto, de la correcta interpretación de las señales que desde Washington se enviaban (igualmente, la equivocada interpretación de las intenciones chinas se achacan en Washington a una falta de entendimiento de los mensajes lanzados sutilmente desde Pekín).

La teoría de la disuasión requería una exquisita transparencia en la comunicación de los actores así como una fría racionalidad a la hora de la toma de las decisiones, lo que no se

consideraba siempre fácil cuando la teoría se concretaba en deliberaciones políticas prácticas en el calor de una crisis. Análisis de la tremenda presión a la que se ven sometidos los líderes con responsabilidad nuclear han quedado excelentemente plasmados en obras como las de Graham Allison sobre la crisis de los misiles de Cuba. Ensayos sobre el peso de las percepciones y la comunicación entre adversarios han sido rigurosamente escritos por el profesor de la Universidad de Columbia Robert Jervis.

Sin embargo, una mala comunicación de las intenciones no basta para entender por qué Sadam Husein optó por el camino de la guerra. ¿Cómo podía pensar que podía enfrentarse victoriosamente a la comunidad internacional con su aplastante fuerza militar?

Varias explicaciones se han dado para justificar la ausencia de disuasión antes y durante la crisis. En primer lugar, se ha dicho, Sadam confió en que no se produjera respuesta alguna de la comunidad internacional (o de sus principales actores) en contra de su invasión de Kuwait. En su entrevista con la embajadora norteamericana April Glaspie semanas antes de su agresión no es tan importante su exploración de la actitud americana ante una tal eventualidad, sino, sobre todo, la visión del mundo occidental que transpiran sus palabras, un mundo, según el líder iraquí, instalado en la comodidad, desmilitarizado, carente de vigor moral y temeroso de afrontar la pérdida de vidas humanas frente a un Iraq decidido y firme.

Se equivocó, pero no rectificó cuando las fuerzas multinacionales se instalaron en suelo de Arabia Saudí, completaron el Escudo del Desierto y, desde comienzos de octubre, iniciaron el crecimiento de sus efectivos a fin de dotarse de todas las opciones militares necesarias para desalojar Kuwait. Algunos analistas creyeron poder explicar el empecinamiento de Sadam por una errónea interpretación de los signos que se estaban produciendo en Arabia. O bien no sabía lo que ocurría con el despliegue o lo malinterpretaba. De esa forma, se llegó a una paradójica reunión en Ginebra en la que se detalló al entonces

ministro de asuntos exteriores iraquí, Tarik Aziz, el potencial bélico aliado que se estaba acumulando en la zona. No se le entregó el orden de batalla concreto, pero casi. ¿Por qué? Porque se pensaba que si de verdad se le hacía llegar una información clara, fidedigna, inequívoca, Sadam debería comprender automáticamente su se-

ta bélica internacional sería necesariamente limitada en su nivel de violencia y en sus objetivos (como así fue) y que disponía de mayores oportunidades de permanecer en el poder con una derrota militar parcial antes que tras la derrota política que significaría la vergonzante retirada de Kuwait.



gundo gran error, no retirarse cuando aún podía hacerlo.

Los asesores de Bush se equivocaban, porque a pesar de este esfuerzo clarificador, Sadam siguió ocupando Kuwait. Es más, prefirió la guerra. Hay quien opina que así hizo porque estaba convencido de que la respues-

Esa es la misma explicación que se da para comprender por qué Sadam no gaseó ni Israel ni las tropas aliadas, la limitación de la violencia y del conflicto. Es posible que fuera así, aunque otras razones de tipo operativo también se han avanzado desde el Pentágono (tales como que las do-

cenizas de cabezas químicas preparadas para ser montadas en los Scud modificados, quedaron aisladas y sin capacidad de ser transportadas, lo mismo que los obuses de artillería). Aunque de los israelíes no podía fiarse, al menos parece que Sadam estaba convencido de que ni americanos ni británicos ni franceses utilizaría una represalia masiva contra su país hiciera él lo que hiciera. Afirmaciones de Bush y Mitterrand en ese sentido no podían sino reafirmarle en su idea de un occidente autodisuasido de usar ciertas armas.

Sea como fuere, lo verdaderamente importante es entender que fueron problemas y juicios de índole interna y no teóricos balances de fuerzas, capacidades de represalia, en suma, el juego de costes y beneficios militares, esto es, la disuasión, lo que aparentemente guió las decisiones de Sadam.

Que la disuasión puede fallar es algo para lo que, mal que bien, todos se preparan psicológicamente. Que no se siga su lógica es ya otro problema, particularmente grave cuando se trata de países en el umbral de lo nuclear. Sadam no disponía de armas atómicas, de haberlas poseído no es difícil imaginar una respuesta mundial distinta a la que se le dio a su agresión. ¿Por qué? Porque dada su estructura de poder, la militarización de su política, su peculiar "cultura estratégica", nada hace pensar que el disponer del botón nuclear le volviera más moderado en sus actitudes, tal y como les sucedió a los EE.UU. y a la URSS en su coexistencia nuclear.

Hoy se cuenta con serios indicios de que países como Corea del Norte, Irán, Libia y Argelia pretenden convertirse en potencias nucleares, más temprano que tarde. De lo que no hay indicios es de que los líderes de estos países vayan a estar más cerca de la moderación mostrada por los grandes que del radicalismo de Bagdad. Por el contrario, todos ellos disponen de elementos internos que los vuelven inestables y, sobre todo, descontentos con su actual situación, nacional e internacional. Una bomba atómica en sus manos podría serles de una altísima utilidad política.

Puede argüirse que la proliferación no es un problema tan grave, puesto

que el mundo occidental ha vivido con una URSS nuclear, así como con China, también potencia atómica. Y que ya que no es posible congelar el número de naciones del club nuclear, al menos, el arsenal nuclear occidental podría servir como garante disuasivo frente a estos países. Sin embargo, no es un razonamiento fácilmente aceptable.

En primer lugar asume que todos van a compartir la lógica disuasiva y olvida que, estos países, a diferencia de la URSS, supondrían una amenaza claramente contra sus vecinos pero desigual frente a alianzas o agrupaciones mayores. ¿Temería Noruega de igual forma que Italia una Libia con armas nucleares?

Por otra parte, ¿se podría confiar en que las actuales potencias nucleares occidentales extenderían su disuasión sobre el territorio de terceros países frente a chantajes limitados? No puede olvidarse que la tranquilidad de los europeos en lo concerniente al compromiso americano con la defensa del continente tuvo que pasar durante cuarenta años por el despliegue en pleno arco de crisis de un notable contingente de soldados y de sistemas de armas nucleares que garantizarán la escalada casi automáticamente. Y que aún así la cuestión de si el presidente norteamericano se arriesgaría a perder New York por defender Bonn, valga el caso, permaneció como una duda razonable en este lado del Atlántico. ¿Arriesgarían Londres o París decenas de miles de ciudadanos por asegurar Lampedusa?

En fin, como ya se ha señalado más arriba, la disuasión se ha caracterizado por su alto grado de racionalidad, siendo uno de sus requisitos que los actores entendieran bien las reglas y los componentes de dicho juego. Si atendemos no tanto al cómo de la proliferación en el Norte de Africa o en el Medio Oriente sino al por qué, nada hace suponer que Trípoli, Argel o Teherán conciben la lógica nuclear tal y como se piensa en el mundo occidental.

Es verdad que el mundo puede vivir con varias culturas estratégicas. Tras las ilusiones americanas de los años 60 y comienzos de los 70, la comunidad de defensa occidental des-

cribió traumáticamente no sólo que la URSS no concebía de igual manera las nociones básicas del juego estratégico (tales como estabilidad estratégica, vulnerabilidad mutua, fuerzas de contrafuerza), sino que mostraba una orientación opuesta a la concepción americana, primando una visión de la guerra nuclear como una guerra más, pero por otros medios y no un espasmo suicida tal y como se veía desde Washington. No es casual el enorme auge del término "cultura estratégica" desde que en 1977 lo acuñara el analista de la Rand, Jack Snyder, para dar cuenta de la distinta visión y organización militar soviética.

Pero a pesar de todo, la coexistencia nuclear a lo largo de varias décadas con una situación de destrucción asegurada por ambas partes, garantizó que las diferencias tuvieran menos relevancia que la que se llegó a pensar en su día.

Lo que no está tan claro es que el mundo pueda vivir con varias culturas nucleares divergentes al mismo tiempo. Particularmente una fase de postnuclearidad, en la que el recurso al arma atómica se juzga claramente desproporcionado y condenable. Precisamente por estas vacilaciones nucleares, las armas atómicas resultan muy atractivas para los países prenucleares, puesto que con ellas pueden ejercer una fuerte disuasión sobre los disuasibles, los occidentales, quienes por su parte, cada día tienen menos valor para ejercer sus capacidades disuasivas.

Así, si las armas de destrucción masiva, en particular las nucleares, son las que más aterrorizan a los países ricos del hemisferio norte, al mismo tiempo que son las que menos dispuestos están a utilizar, la posesión por una potencia revolucionaria de unos pocos sistemas bastaría para conferirle un gran poder, independientemente del arsenal nuclear al que se enfrentara.

Aunque parezca mentira, el balance de fuerzas se ha trocado sutilmente en un balance de debilidades, siendo el psicológicamente más débil (no necesariamente el que menos carros de combate, aviones y buques posea) el abocado a la derrota (no necesariamente militar) ■